

El folclore en la vida y el teatro de Antonio Machado: un detalle biográfico poco conocido

Dámaso Chicharro Chamorro
Universidad de Jaén

A propósito del centenario de la llegada de Antonio Machado a Baeza (1912-2012) he creído oportuno estudiar de nuevo la figura de Ángel Lázaro, dada su estrecha vinculación con Antonio Machado y lo desconocido de la misma. Hay un dato que me parece relevante en cuanto a la vinculación de Machado con el folklore y que no ha sido mencionado hasta ahora, que yo sepa, por nadie. A él pienso dedicar lo fundamental de esta breve exposición.

Justo cuando se cumplía el centenario del nacimiento de Antonio Machado el poeta Ángel Lázaro, en 1975, vuelto a España desde su exilio cubano, residía ya en Madrid y dedicó a aquella conmemoración tres enjundiosos artículos, aparecidos en el diario *Pueblo* semanalmente, a partir del 18 de agosto de 1975, bajo el título genérico de "Mi amigo Don Antonio Machado". Estoy por decir que prácticamente nadie ha reparado en ellos. Yo los conozco porque el propio Ángel Lázaro me habló en cierta ocasión de estos breves trabajitos que son de una entidad y de un calado máximos. A ellos pretendo dedicar, como digo, mi atención en estos momentos culminantes de este otro centenario machadiano, uniendo efemérides con efemérides.

Interesa a nuestro actual propósito el tercer artículo, que lleva un título bastante llamativo: "El amor oculto del poeta" y que nos sirve para aclarar un aspecto acaso desconocido de la biografía machadiana, también relacionado con el folclore. Era éste un asunto prácticamente olvidado en esa fecha (1975) y por ello le merece a Ángel Lázaro un comentario más detenido, que incluso tuvo una mínima repercusión periodística entonces, luego acallada por completo y que ni siquiera ha ocupado a los biógrafos como debiera. Se nos revela un rasgo muy característico de Antonio, tantas veces citado como poco entendido. Me refiero en primer lugar a esa voluntad decidida de escribir solo el teatro que pudiera sintetizarse, como él dice, "en una copla", en algo mínimo. Su idea era que una gran obra podría ser, de hecho era casi siempre, síntesis de una coplilla popular de donde extraer todo el partido posible. Ángel Lázaro lo comprobó personalmente cuando le dedicó de puño y letra una de esas coplillas que, según confesión de Antonio, era el origen del gran drama *La Lola se va a los puertos*. Y presume Lázaro de esa copla autógrafa, reproduciéndola en el artículo, y que tan famosa fue siempre:

> Gracias, Petenera mía,
> por tus ojos me he perdido.
> Era lo que yo más quería.

Lázaro reproduce la coplilla con el siguiente pie: “Único autógrafo del poeta dedicado al autor de este reportaje con una de sus coplas”. La foto que acompaña es la clásica de Antonio Machado sentado con su amplio sombrero en la mano derecha, reposando sobre el consabido bastón. Evidentemente forma parte de la gran tradición popular del folklore andaluz, que su mismo padre, Antonio Machado y Álvarez (*Demófilo*) había antologado en su famoso *Libro de cantares.*

Pero es curioso que nos ofrezca la nota, siempre con su firma debajo, como actualizada o sintetizada cifra del origen de su obra teatral. Precisamente de esa obra es de la que nos va a hablar Lázaro en este artículo, para referirse después al hecho, periodísticamente más sustancioso, de la novia o las novias jóvenes de Antonio Machado. Antonio se sintió capaz de escribir, como es de sobra, hasta el último día de su vida. Manuel, ante la insistente petición de Lázaro, le reitera una vez más: “Lo que tenía que decir lo dije ya en modos diversos: desde *Alma* hasta *Ars Moriendi”*. La réplica de Antonio parece surgir de lo más hondo de su corazón: “Eso morir, sentenciaba el hermano, y hundía su gran cabeza entre los hombros”. Esto nos permite constatar, incluso gráficamente, la indiferencia sonámbula de Antonio ante cualquier propuesta que no le interesara. Hacía como si no fuera con él, cuya vida interior sin embargo ardía en reflexiones profundas, fruto de las cuales son sus obras de entonces, desde los apócrifos hasta *El hombre que murió en la guerra*.

Siempre en Antonio se ve esa pose que podríamos calificar de “indiferente en apariencia”, como queriendo “pasar”, como dicen hoy, de un mundo que no le agradaba. Ahora bien, cuando algo de veras llamaba su atención, siempre estaba allí con la palabra oportuna y exacta en los labios, tal sucede aquí. Cuando se le pregunta “si le sopla la musa Talía”, es decir, si siente interés por el teatro, de nuevo la respuesta es rápida y comprometida, pese a su apariencia: “Puede ser, si en tres actos se puede meter lo que se dice en una copla”. Ésa era su visión del teatro: desarrollar la filosofía sentenciosa y popular. No obstante, demuestra su incomodidad cuando una joven veinteañera le pregunta más de la cuenta y su forma de romper es sugerir la marcha inmediata: “¿Vamos, Manuel? Don Manuel camina a su lado calladamente, complacido de cobijar al hermano querido y, por más que nadie, admirado. Y un poco detrás de los dos el adolescente y reverente, el humilde superviviente que hoy testimonia desde el presente y hacia el futuro”. Ese es Ángel Lázaro.

A partir de este momento el artículo va a adquirir un nuevo sesgo. Dice Lázaro que los Machado, que ya habían estrenado *Desdichas de la fortuna,* calificada tópicamente como “el gran lienzo velazqueño que podía codearse con Calderón o con Lope”, se habían desanimado de nuevo. Acaso los tiempos, el ambiente de entre bastidores, que tan perfectamente conocían ambos (aunque muy en particular Antonio), les echaba para atrás. No obstante, entonces, a la altura del año 27, de nuevo volvía a tentarles la afición y se proponían escribir nuevas obras. El resultado es de todos conocido: las nuevas obras teatrales que completan su producción: desde *La Lola* a *Las adelfas,* de 1928*, La prima Fernanda, La duquesa* y, por fin*, El hombre que murió en la guerra*, simbólico título de una producción estrenada ya en 1941, cuando Antonio había muerto y gracias a la intervención directa de Manuel y sus buenas relaciones con el régimen entonces imperante.

La encomiástica afirmación de Ángel Lázaro nos testimonia que ya entonces ese teatro, que nosotros hemos editado en su totalidad y que ya en los últimos veinte años ha recibido la atención que requería, les atrae ahora hasta aceptarlo en algún momento como su verdadera profesión. Y quienes eran sus amigos, e incluso sus competidores, como Marquina o Benavente o el propio Ángel Lázaro, terminan por exclamar: “¿Cómo puede hacerse la nómina del teatro español contemporáneo sin contar con el teatro de los Machado, que es, no una obra sino todo un teatro?” Tal vez sea un orgullo competir con ellos. Acaso por eso le produce tanta ilusión y pondera a tal nivel lo que para Lázaro es algo inusitado, probablemente su mayor satisfacción biográfica, hasta el punto de reproducirla. Me refiero a su invitación a la lectura privada de *La Lola se va a los puertos,* que Manuel Machado le dejó una vez más en su casillero:

> Querido Lázaro, dice la misiva, mañana miércoles a las 2 ½ de la tarde leemos a la compañía de la Membrives *La Lola se va a los puertos*. Si quiere usted escucharla, venga. Entre por el escenario (calle del Desengaño) y pregunte por mí. Hasta mañana. Un abrazo de su compañero y amigo Manuel Machado.

Este gozo se traduce en el tono que adquiere a partir de ese instante el artículo. Así lo refiere el propio Lázaro:

> Al día siguiente a la hora en punto estaban don Antonio y don Manuel ante la mesilla de lectura. Toda la compañía sentada en torno. Lola, a la derecha de Don Manuel, que era el que

> iba a leer. Don Antonio, a la izquierda de su hermano. Leía Manuel la obra manuscrita en un cuaderno escolar forrado de hule negro; escuchaba la primera actriz con toda su compañía la comedia con la mayor atención. El lector marcaba, tamborileando a veces con sus dedos sobre la mesilla, ciertas transiciones y efectos de la obra. Don Antonio, siempre con la cabeza hundida en el pecho, parecía estar ausente de la lectura. Pero no hay duda de que en esa obra, como en el *Julianillo Valcárcel* y todo lo que para el teatro escribieron después, estaban fundidos en una aleación perfecta los dos hermanos, que en lo lírico eran tan distintos, aunque hay algún poema de Manuel, como el de Castilla, que también hubiera firmado Antonio.

Esta apreciación de Lázaro nos parece bastante acertada, pues el tiempo ha terminado por darle la razón. Me refiero a la colaboración para el teatro, tan diferente y a la vez tan personal. Digo que el tiempo ha terminado por darle la razón en el sentido de que nosotros mismos, en 1971, con la altivez y la osadía de los veintidós años, llegamos a dedicar un capítulo completo de más de cien páginas a discernir las partes de Manuel y Antonio en el conjunto de su obra teatral. Así lo hicimos en nuestra Memoria de Licenciatura, que precisamente presentamos con el título de *La obra dramática de Manuel y Antonio Machado,* defendida en la Universidad de Granada ante un tribunal formado por los doctores Orozco Díaz, Gallego Morell y Soria Ortega. Recuerdo perfectamente que Soria, con su habitual y fingida candidez, llegó a decirme si no me parecía "demasiado aquilatar y comprometer" el hecho mismo de que me atreviera a señalar escenas concretas de cada obra, que yo atribuía sin pestañear a uno u otro poeta, a veces con los más nimios motivos. Hoy sé con seguridad que no le faltaba razón, pues incluso aquellas escenas que reproducen expresiones exactas de *Juan de Mairena* por ejemplo, no tenemos seguridad, yo no la tengo al menos, de que pertenezcan a Antonio, ya que muchas veces era el hermano –hay pruebas fehacientes–, el que sugería su inclusión en tal o cual obra posterior a 1930. Por eso digo que acierta Lázaro en lo sustancial de la opinión que reproduzco: no hay duda de que en esa obra, como en el *Julianillo* y todo lo que para el teatro escribieron después, estaban fundidos en una "aleación perfecta" los dos hermanos. En efecto, así era.

Inserta después una opinión que la mayoría de los críticos ha defendido, aunque nosotros no estamos tan seguros después de haber trabajado

ya bastantes años en este teatro. Me refiero a la idea, comúnmente admitida, de que era Manuel el que incitaba y animaba a Antonio a escribir teatro; así lo constata Lázaro de manera palpable:

> Manuel había conseguido sacar de sus casillas a Antonio metiéndolo de nuevo entre las bambalinas. Digo 'otra vez' porque tiempo después, estando yo una tarde viendo un ensayo de *Tierra baja*, de Guimerá, que lo había estrenado en catalán hacía mucho tiempo pero que lo ensayaba con nuevo elenco, vi de de pronto que Don Antonio trataba de contener la risa, moviendo aquellos hombros de tosedor y fumador constante.
> -¿De qué se ríe usted?, le pregunté.
> -Me río, respondió tratando de bajar la voz lo más posible, porque el papel de uno de esos mozos que entran ahí como comparsas lo he hecho yo cuando era muy mozo también.

Y, en efecto, así era: un personaje tan secundario de *Tierra baja* que no hace falta ni siquiera citar. Luego constata un hecho no desconocido pero, en mi opinión, insuficientemente valorado y entendido en toda su importancia: el aprendizaje teatral de los Machado fue a base de traducciones y refundiciones de obras ajenas, tal como pusimos de manifiesto en nuestro artículo inserto en el *Homenaje a Gallego Morell* (Chicharro, 1989). Reproduce una opinión de Marquina, que se admiraba de cómo los Machado habían sabido esperar su oportunidad para consagrarse como autores teatrales, pues el teatro era, en efecto, lo que permitía vivir con cierta comodidad en aquellos años a los autores. No olvidemos que ya en Mayo de 1918, es decir en su etapa baezana, soñaban Antonio y su madre, doña Ana Ruiz, con un triunfo teatral que les produjera "oro y nombradía". La señora iba incluso más allá, pensando en la posibilidad de obtener dinero con que comprar un hotelito campestre a cuenta de futuros triunfos que ella, como muchas mujeres, daba ya por conseguidos.

En tan triunfal previsión no se equivocó, pues fue precisamente tras el estreno de *La Lola se va a los puertos* cuando los Machado pudieron disfrutar de una situación económica relativamente holgada. Puede verse a este propósito nuestro trabajo que insertará la revista *Ojáncano* de la Universidad de Georgia (en curso de publicación). Así Ángel Lázaro reitera e insiste en este mismo asunto:

> Sí. El teatro, que es en España lo que da el triunfo ruidoso a un poeta haciéndolo conocer de todo el mundo, hacía que el solitario y desconocido Antonio Machado saliera a saludar a escena, un poco torpón y como ajeno a todo aquello, de la mano de su hermano Manuel.

Así era. Pero con la convicción que tenemos de que ese "torpón" era quien incitaba, por verdadera vocación, a escribir teatro con su hermano.

Y ahora una parte bastante novedosa, por lo desconocida del público en general, que trata Ángel Lázaro con la debida delicadeza y que nosotros pretendemos respetar en idéntico grado.

> Cuando murió Leonor, dice Lázaro, la esposa inolvidable, después de solo tres años de matrimonio, le escribía a Juan Ramón: 'Cuando murió Leonor pensé pegarme un tiro'…. Había muerto la vida para él. Pensó en hacerse viejo, aunque era un viudo joven todavía.

Pero parece que el tiempo todo lo cura y el pacato y morigerado don Antonio tuvo su nueva vida sentimental (además de Guiomar, episodio suficientemente conocido y explotado al que no me voy a referir).

> Llegó a entablar profunda amistad con una chica joven. Eso le planteó profundos y serios dilemas: ¿casarse con otra? ¿Sustituir ella en un hogar buscando solamente el olvido de la Leonor amada? Ya se iría arreglando como pudiera ('Porque yo he visto beber en los charcos de la calle… Caprichos tiene la sed') había escrito.

Se trata de una historia –insisto– poco conocida pero real como la vida misma, que a veces nos depara estas relativas sorpresas. Hace ya bastantes años que los biógrafos machadianos vienen aludiendo mínimamente al asunto de su relaciones personales con algunas mujeres, además de las dos más que conocidas (Leonor y Pilar de Valderrama). Hace ya también muchos años recordé en mi trabajo sobre la estancia de Machado en Baeza (Chicharro, 1985b) su amistad o algo más en la aquella ciudad con Francisca de la Poza, María del Reposo Urquía y alguna otra joven mujer. Siempre insisto en la juventud, porque es algo recurrente en la relación de Machado con otras mujeres. Puede verse también nuestra última contribución a este asunto en el estudio que publicamos con motivo del centenario de la llegada de Machado a la ciudad (1912-2012) (Chicharro, 2012).

No es, por tanto, la primera vez que me ocupo de este asunto. Es más: tengo el convencimiento personal de que fue bastante menos constante de lo que solemos creer en el recuerdo y fidelidad a Leonor desde fecha muy temprana; es decir, desde su etapa en la ciudad de Baeza (1912-1919), o en la fidelidad a la misma Pilar de Valderrama. El artículo que comentamos de Ángel Lázaro viene a confirmar el hecho con la misma y documentada convicción, pues esta tercera entrega ser subtitula exactamente "El amor oculto del poeta". Comienza recordando el hecho de su amor real y por él conocido. Y rápidamente concreta y nos informa de éste, que ha pasado o bien inadvertido o intencionadamente silenciado. Ese amor significó bastante más en su vida de lo que solemos decir; algo así como la famosa "Marga" de Juan Ramón Jiménez, la chica que se suicidó al no sentirse correspondida por el poeta, como es de sobra conocido.

Ángel Lázaro conoció personalmente a esta mujer, incluso nos comentó en 1974 algo de su carácter sumiso, reservado, incapaz de hacerse notar y muy enamorada de Antonio Machado, hasta el punto de establecerse entre ambos una relación que podemos calificar como "seria" y muy humana. Ni mucho menos quiero decir que fuera una vinculación eterna, pero tampoco fugaz; por supuesto, sin que ella supiera que era el gran poeta que todos, a la altura de los años treinta del pasado siglo, conocían de sobra. Por eso la describe con tal precisión. Su relación con Machado la cuenta Lázaro con expresiones que nos parecen –o son, de primera mano:

> No era aquella chica un charco de la calle. Parecía una obrerita artesana, oficiala de taller o que trabajase en casa para sastrería o camisería. El cabello, castaño; la boca, rasgada; sonrisa de muchacha honesta. Una tarde se sacó del pecho, yo entonces la veía con frecuencia, una hoja de periódico muy doblada y me dijo: -'¡Mira! Es Antonio'. Sí, era Antonio Machado, retratado por Alfonso con Manuel, en esa foto tan socorrida en que se ve a Antonio sentado y a Manuel en pie, cigarrillo entre los dedos, apoyado el codo sobre un cofrecillo que está en la mesa.

El diálogo que se entabló entonces entre la chica y Ángel Lázaro es tan sabroso que merece la pena ser reproducido en su mayor parte:

> -¿Pero tú sabes quién es este hombre? le preguntó asombrado. Es el más grande poeta que tenemos hoy en España. -Sí respondió ella confusamente y con alegría a un tiempo. Yo no

> sabía nada de él y él me decía que nunca le preguntase de su vida. Pero, ya ves, el retrato en el periódico. -Sí, es él…! -¿Pero tú le has hablado de este descubrimiento?
>
> -Le enseñé el periódico y se quedó serio, como avergonzado, como si le contrariase y sufriera un desencanto, porque él quería que yo… Vamos, que me fuera simpático por sí mismo, por bueno, ¡qué sé yo! Es tan bueno, tan tímido.

Como hemos avanzado, la relación no fue cosa de un día. Lázaro conoció a la chica perfectamente, la llegó a tratar personalmente durante bastante tiempo. Supo que ella quería a Don Antonio por sí mismo y, cuando se enteró de que era el poeta de fama, reconocido por todos, aquel en quien ella no veía más que a un hombre bueno y a un amante cariñoso, se desencantó por completo, como si la hubiera engañado con otra. Lázaro lo constata de manera clara. La escena que sigue a aquel inesperado descubrimiento se puede fácilmente imaginar: incredulidad, confusión, remordimiento, disgusto, a la vez que profundo cariño y ansias de ruptura definitiva, tal como en efecto sucedió. Lázaro lo supo de primera mano, fue testigo directo y solo a la altura de sus setenta y cinco años lo confesó públicamente en este artículo que, como sabemos, no tuvo la menor trascendencia entre la maraña de publicaciones con motivo del centenario del nacimiento de Antonio Machado: la chica quedó defraudada para siempre, incrédula y sin respuesta, sintiendo en el fondo de su alma que algo a un tiempo muy tenue y muy profundo se había roto para siempre:

> Me pareció que se le aguaban un poco los ojos, dice Lázaro, mientras doblaba de nuevo la hoja del periódico en cuatro partes, y percibí que aquella chica, tan joven y bonita, sentía verdadero cariño y respeto por aquel señor mayor, que aún parecía tener más edad de la que tenía, unos cincuenta años.

La pregunta de Lázaro que, como digo, conoció y tuvo amplia relación con aquella mujer a la altura de 1975 es qué habría sido de aquella mujer, cuyas iniciales eran L. H. Nos confirma efectivamente: “Se llamaba ‘Hacha’. En portugués y en gallego se dice Machado también. ¿Qué habrá sido de ella?”.

Nos llama la atención que esta *Lucía Hacha* (éste es su nombre real, según nos confesó) no haya sido citada por nadie, salvo por Ángel Lázaro, que nos comentó hace casi cuarenta años quién era aquella mujer y la relación íntima que mantuvo con Antonio Machado. De ahí el valor que concedemos a su testimonio escrito, aunque sea solo con las iniciales, pero perfectamente claro para nosotros, que lo

conocimos de su propia boca y ahora, en una efemérides como, ésta, acaso debamos dejar constancia de ello. El episodio no da para más.

Nos llama la atención, asimismo, esta "vocación" machadiana por las mujeres jóvenes, que nosotros relacionamos perfectamente con la intimidad de Don Antonio con otras jóvenes, como Francisca de la Poza o María del Reposo Urquía, asunto que Lázaro llega a consignar incluso con estas iniciales y luego el apellido de aquel frustrado amor que Antonio, como en otras ocasiones, experimentó por una mujer joven y que al final el destino frustró, probablemente sin causa. Las circunstancias sociales del momento eran esas y aquella muchacha, enamorada de verdad, no pudo entender más que había sido engañada. Hoy probablemente no hubiera sucedido así. Pero todo quedó en eso. Un apellido (Hacha) y un nombre (Lucía), *que no llegó a escribir nunca*, es lo único que nos queda de ella.

Los recuerdos están ya a punto de concluir. Las anécdotas bullen en la mente de Lázaro a sus setenta y cinco años. Ya no tiene más espacio y sabe que debe resumir. Para finalizar se decide por las reuniones y por el apellido Machado, que los une aun en contra de su voluntad. A este respecto constata:

> A propósito de una de aquellas reuniones en el café con los dos hermanos, en que don Antonio hablaba apenas y se limitaba a asentir con la cabeza a lo que don Manuel decía, pregunté al hermano mayor, que parecía como he dicho el menor:
>
> -¿Cree usted que los que se apellidan Machado tienen algún parentesco entre sí?

Levantó la cabeza don Antonio con aquel aire sonámbulo, mientras don Manuel explicaba. En efecto, se extiende Manuel Machado sobre el origen portugués del apellido, que se cifra en una familia de tres hermanos, uno de los cuales se asentó en Sevilla, otro en Brasil y el otro en Centroamérica. Comenta que los Machado brasileños y los sevillanos tienen algo en común, aunque no sea más que esa alegría que Manuel atesoraba a raudales en su juventud.

La última anécdota que cuenta nos dice mucho del carácter de don Antonio:

> Otra noche, en el despacho del director de *La Libertad*, donde solía acudir Antonio Machado a esperar a su hermano Manuel, los vi... Antonio Machado bajaba desde Segovia a pasar el fin

> de semana con sus hermanos Manuel y José y la madre en un modesto piso cercano de la glorieta de Bilbao. Me atreví a decirle a don Antonio: 'quisiera tener… yo… y perdóneme… Quisiera tener un pequeño autógrafo de usted. Y le alargué una cuartilla, que conservo naturalmente, es decir, milagrosamente entre tantas cosas perdidas o dispersas; una cuartilla, no un folio, porque entonces aún no se escribía a máquina en las redacciones.
>
> Antonio Machado, sin decir palabra, tomó la cuartilla y escribió una de sus coplas.

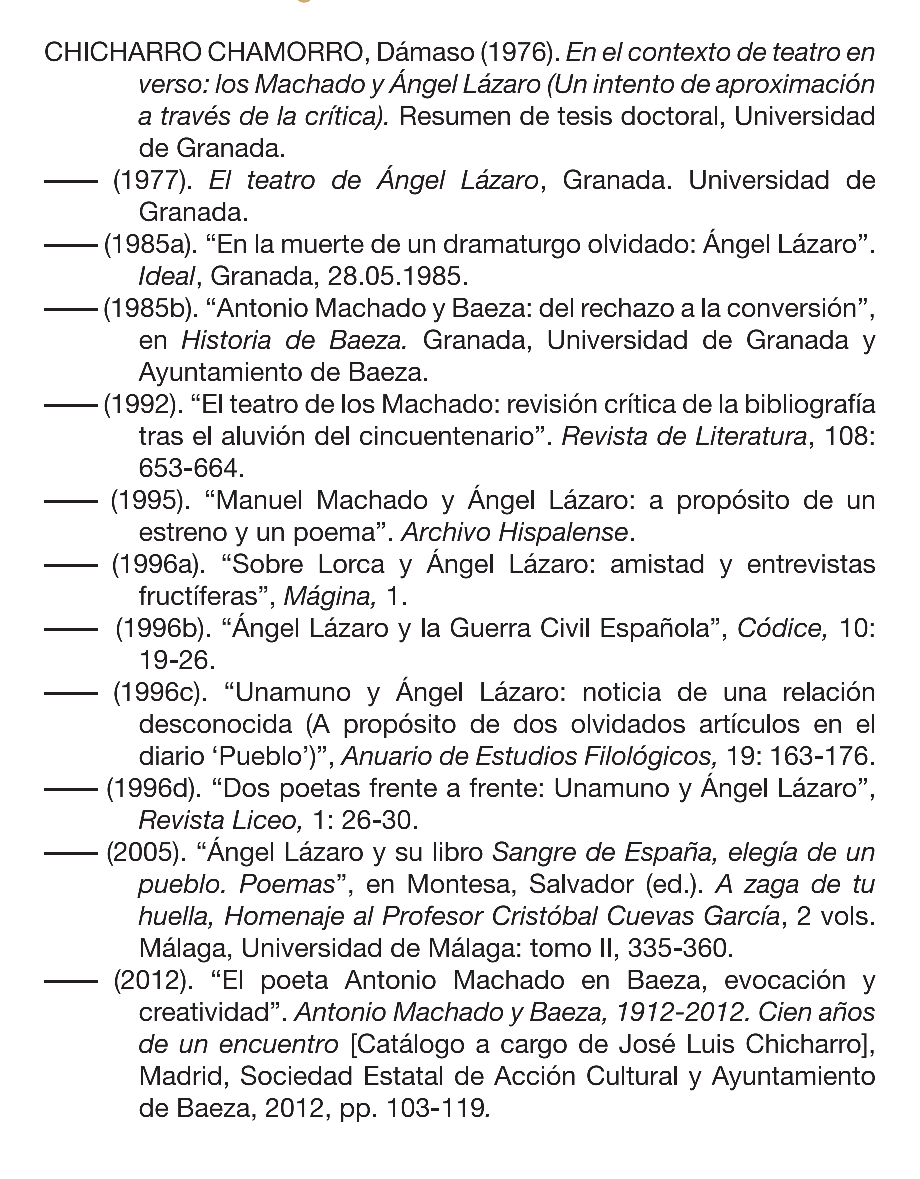
Era la misma que antes hemos reproducido y comentado; o sea, siempre el folklore en su mente desde que leyera la recopilación de su padre.

El final es un apresurado resumen de las circunstancias archisabidas que rodearon a los hermanos durante la guerra y que tanto influyeron en la habitual desinformación e interesada tergiversación que de las relaciones entre ambos se tiene. Y le sale una frase inconclusa, que queremos respetar en su literalidad, prueba del apresuramiento que decimos:

> Aún no había llegado la guerra que había de separar a los dos hermanos, porque al ser, no melodrama con buenos y malos, en dos bandos completamente diferentes, sino tragedia capaz de separar en distintos campos a aquellos dos hermanos entrañables…

Algo falta aquí. En efecto, la guerra los separó para siempre, como se ha contado y recontado. No hay que insistir en lo evidente, aunque acaso no esté dicha aún la última palabra. Lázaro recuerda el dato como una tragedia capaz de separar a todas las familias españolas, sin explicación. Este asunto lo tratamos ya convenientemente en un artículo que citamos en la bibliografía adjunta, inserto en la revista *Códice:* "Ángel Lázaro y la guerra civil española". Allí dejamos estudiada la actitud de Lázaro. Estamos por concluir que posiblemente fue de los españoles que antes desearon y dejaron por escrito la unidad de los hermanos, basada en el más sincero perdón. En nuestro artículo lo ponemos de manifiesto con sobrados textos y argumentos de su obra americana. En su libro *Sangre de España,* el primero que, publicado en La Habana en 1940, reivindica la necesaria reconciliación, sin la cual el pueblo español no será nunca el mismo. En nuestro artículo inserto en el *Homenaje a Cristóbal Cuevas* comentamos dicho libro

suficientemente. Esa abierta y tolerante actitud demuestra su hombría de bien, su capacidad y visión humana, que tuvimos ocasión de constatar en varias entrevistas a lo largo de los años 1974 y 1975, en el Madrid que aún no era el de la transición, en el que tantas dudas albergábamos todos. Pensemos y recordemos para los desmemoriados que estos artículos son anteriores en varios meses al 20 de noviembre de 1975. Nosotros, desde 2012, evocamos aquellas entrevistas con verdadero cariño, fruto de las cuales son las informaciones más o menos novedosas que hayamos podido aportar en el presente trabajo.



Referencias bibliográficas

CHICHARRO CHAMORRO, Dámaso (1976). *En el contexto de teatro en verso: los Machado y Ángel Lázaro (Un intento de aproximación a través de la crítica).* Resumen de tesis doctoral, Universidad de Granada.

—— (1977). *El teatro de Ángel Lázaro*, Granada. Universidad de Granada.

—— (1985a). "En la muerte de un dramaturgo olvidado: Ángel Lázaro". *Ideal*, Granada, 28.05.1985.

—— (1985b). "Antonio Machado y Baeza: del rechazo a la conversión", en *Historia de Baeza.* Granada, Universidad de Granada y Ayuntamiento de Baeza.

—— (1992). "El teatro de los Machado: revisión crítica de la bibliografía tras el aluvión del cincuentenario". *Revista de Literatura*, 108: 653-664.

—— (1995). "Manuel Machado y Ángel Lázaro: a propósito de un estreno y un poema". *Archivo Hispalense*.

—— (1996a). "Sobre Lorca y Ángel Lázaro: amistad y entrevistas fructíferas", *Mágina,* 1.

—— (1996b). "Ángel Lázaro y la Guerra Civil Española", *Códice,* 10: 19-26.

—— (1996c). "Unamuno y Ángel Lázaro: noticia de una relación desconocida (A propósito de dos olvidados artículos en el diario 'Pueblo')", *Anuario de Estudios Filológicos,* 19: 163-176.

—— (1996d). "Dos poetas frente a frente: Unamuno y Ángel Lázaro", *Revista Liceo,* 1: 26-30.

—— (2005). "Ángel Lázaro y su libro *Sangre de España, elegía de un pueblo. Poemas*", en Montesa, Salvador (ed.). *A zaga de tu huella, Homenaje al Profesor Cristóbal Cuevas García*, 2 vols. Málaga, Universidad de Málaga: tomo II, 335-360.

—— (2012). "El poeta Antonio Machado en Baeza, evocación y creatividad". *Antonio Machado y Baeza, 1912-2012. Cien años de un encuentro* [Catálogo a cargo de José Luis Chicharro], Madrid, Sociedad Estatal de Acción Cultural y Ayuntamiento de Baeza, 2012, pp. 103-119.